

Jorge  
Dezcallar

# ESPÍA ACCIDENTAL



Asís García Fernández siempre había odiado su nombre de pila porque le parecía insoportablemente pijo. Su padre le decía que así se le identificaría con facilidad a pesar de los dos apellidos tan comunes que le acompañaban, y en eso reconocía que no le faltaba razón, pues probablemente era el único Asís García del mundo.

De vuelta en Damasco, la ciudad que le vio nacer, tras varios años pagando sus errores de juventud en la Legión Extranjera, un agente del CNI le hace una tentadora propuesta para trabajar con los servicios de inteligencia españoles. Eso le permitirá regresar a una Siria destrozada por la guerra y montar allí un negocio como tapadera de otras actividades.

Pronto descubrirá que detrás está el Mossad, se verá envuelto en un embrollo que implica a varios países y se dará cuenta de que convertirse en espía, aunque sea por accidente, tiene un precio que no sabe si podrá pagar. Lo que sí sabe es que, si el destino baraja las cartas, al final somos nosotros quienes las jugamos, y él está dispuesto a hacerlo con la mayor habilidad y hasta de farol y con órdenes si es necesario.

# Índice de contenido

Palabras preliminares

Prólogo

Mapa

1. La detención

2. Una triste victoria

3. Myriam

4. Canje de cromos

5. Asís

6. Rachid

7. Resurrección

8. Amal

9. La misión

10. Bertrand

11. El bofetón

12. Sauna Suomi

13. Teherán

14. Una lección de geopolítica

15. La filtración

16. No hay vuelta atrás

17. Luz verde

18. Comienzan los preparativos

19. El búnker
20. Dos amigos
21. El primer cumpleaños
22. Operación Garra de Acero
23. El chiringuito
24. La revelación
25. Reencuentro
26. La Casa de Cristal
27. Jerusalén
28. Se prohíben las salidas
29. El día D
30. La negra noche
31. Un aullido de pena
32. La madrugada
33. El rastreo
34. Luna
35. Las reacciones
36. La huida
37. Tirando del hilo
38. Latifa
39. El retorno
40. Alepo
41. El convento

42. La Cuesta de las Perdices

43. Al-Mezzeh

44. Yaakov

45. El padre Matteo

46. Una puta casualidad

47. El cautiverio

48. Latakia

49. Frustración

50. El operativo

51. Contacto

52. Persecución

53. Misión nocturna

54. Las pistas

55. El camino

56. Los rusos

57. Sangre en la arena

58. Que no se sepa

Epílogo

Sobre el autor

*Para Ramón Perelló, que creyó en mí desde el principio.*

*Para Javier Pelegrí, gran amigo siempre y de siempre.*

*Para Teresa, que me inspira y me soporta.*

*Para mis nietos Pilita, Catalina, León, Tristán y Yago.*

*Y también para los que piensan que la jubilación es  
aburrida.*

«Quem já passou por esta vida e  
não viveu,  
pode ser mais mas sabe menos do  
que eu».

VINICIUS DE MORAES, *Como dizia o  
poeta*

## Palabras preliminares

Todos nosotros somos el resultado de muchas influencias entre las que destacan la química que nos transmiten los genes, la cultura mamada con la educación recibida en casa y en la escuela, y las experiencias acumuladas a lo largo de los años, que en mi caso han estado dedicados mayormente a la diplomacia en países muy diversos donde he sido invitado a palacios tan lujosos como horterías por sultanes que creen tenerlo todo, y he visitado chozas miserables de refugiados de guerras que todo lo habían perdido. También he tenido el privilegio durante algunos años de conocer por dentro el fascinante mundo de los servicios de Inteligencia, lo que me ha dado la oportunidad de ver el Estado desde una perspectiva que a muy pocos les es dada.

Es inevitable que todo ello confluya de una u otra manera en mi manera de ver la vida y también en la forma en que escribo, y en ese sentido este libro no es una excepción. Pero quiero dejar claro que nada de lo que aquí se cuenta es cierto aunque esté situado en un trasfondo que es muy real y sobre el que inevitablemente proyecto también viajes y paisajes, músicas y olores, personajes y conversaciones, vivencias y momentos que he ido acumulando a lo largo de la vida y que han quedado almacenados un tanto desordenadamente en una memoria que, como dice John Le Carré, es tan resbaladiza como una pastilla de jabón en la ducha. Al menos en esto nos parecemos.



Pero no importa que la memoria sea frágil e incluso es bueno que así sea porque aquí no se trata de recordar nada sino de utilizar las vivencias de toda una vida para crear una obra de ficción en la línea que inteligentemente señalaba Picasso cuando afirmaba que no pintaba las cosas como las veía sino como las imaginaba o las sentía. Este es un relato ficticio a partir de los hechos verdaderos que narro en el prólogo. El resto es inventado y no tiene relación alguna con la realidad, aunque aprovecho como telón de fondo el drama, muy real, de la guerra en Siria y también a algunos de sus protagonistas. Siendo ellos auténticos, nada de lo que les hago hacer o decir lo es, como tampoco lo son los escenarios que les hago vivir. Les pido disculpas por ponerles en situaciones en las que nunca han estado.

Y trato de hacerlo con cierto sentido del humor que es como también me gustaría que se juzgara este libro, consciente como soy de que el humor no es tan abundante en ciertos medios como yo desearía. De igual manera he procurado evitar enredar al lector en excesivos detalles sobre el trasfondo político en el que transcurre la acción, que es un riesgo que acecha a todo diplomático que escribe pues no olvido nunca que, como decía Voltaire, hay que «esforzarse más en ser interesante que exacto, porque el espectador lo perdona todo menos el sopor» y yo no puedo estar más de acuerdo. Espero haberlo conseguido en las páginas que siguen porque el tiempo que nos es dado es corto y estoy firmemente convencido de que aburrir al prójimo debería ser un delito perseguirle de oficio.

Por lo demás, y como también creo que el espíritu envejece más despacio que el cuerpo, hago míos los versos de Lope de Vega cuando decía:

*Soy rey de mi voluntad  
No me la ocupan negocios  
Y ser muy rico de ocios*

*Es suma felicidad.*

Deseo que mis lectores disfruten con este libro tanto como yo me he divertido escribiéndolo.

Valldemossa, 2021

## Prólogo

En abril de 2018 publiqué mi libro *El anticuario de Teherán. Historias de una vida diplomática* (Editorial Península), cuyo primer relato daba título al libro. Es corto y lo reproduzco a continuación porque está en el origen de las páginas que siguen:

«La calle Manucheri de Teherán reúne a los anticuarios de la ciudad, igual que sucede con la rúa de São Bento en Lisboa o la vía dei Coronari en Roma. Durante una época de mi vida tuve que viajar mucho a la República Islámica de Irán por motivos de trabajo y aprovechaba ratos libres para pasar por Manucheri y visitar sus tiendas, que, por lo general, estaban vacías, pues en aquella época posterior a la revolución de Jomeini los extranjeros eran muy pocos y los turistas no existían. No lograba explicarme cómo aquellos anticuarios podían sobrevivir. No oculto que la situación favorecía el regateo, aunque no fuera esa una técnica que entonces dominara, como hago (o creo hacer) después de haber pasado cuatro años en Marruecos. A todo se aprende. En una de esas tiendas compré un día una maravillosa puerta persa de dos hojas pintadas con figuras humanas vestidas con lujosos ropajes y con escenas de cazadores a caballo que procedían de un palacio de Isfahan, según me explicó el vendedor. ¡Vaya usted a saber! También me dijo que eran de finales del siglo XVIII o principios del XIX y lo creí porque, además, en aquellos años no se hacían falsificaciones en Irán, aunque solo fuera porque no había compradores a los que engañar. Sea como fuere,

lo cierto es que eran preciosas y que se encontraban en muy buen estado de conservación. No eran unas puertas baratas y tuve que hacer tres visitas a la tienda, en viajes sucesivos, para regatear y obtener un precio aceptable. Durante esa larga negociación, regada con abundantes tazas de té, trabé cierta amistad con el anticuario, un viejo judío llamado Raphaël, al que seguí viendo en viajes posteriores.

»Debo de tener cara de bueno, y espero serlo, aunque a veces me gustaría que se me notara menos (como cuando juego al mus), porque, en uno de esos viajes, y sabedor de que regresaba a España al día siguiente por algún comentario mío, el anciano Raphaël me pidió que le acompañara al fondo de la tienda donde levantó una cortina hecha con una alfombra vieja y polvorienta y me hizo pasar a la trastienda de su establecimiento, un lugar que hasta entonces nunca había visitado, apenas iluminado y repleto de objetos antiguos recubiertos de polvo y, solos allí los dos, me preguntó en voz muy baja si le podría hacer un favor muy personal. Hablábamos en francés. Asentí con cautela y sin comprometerme, pues la República Islámica de Irán no es un lugar donde uno pueda fiarse de nadie, y esperé a ver qué me pedía. Entonces sacó del fondo de un cajón un pequeño paquete envuelto en papel de periódico, que desdobló con mucho cuidado y con una cierta reverencia, descubriendo ante mis ojos un collar que me pareció antiguo y que era de oro, coral y aguamarinas. Según me dijo mientras me miraba con ojos acuosos, era una joya que había pertenecido a su esposa, fallecida algunos años antes. Raphaël quería que me la llevara y que desde España se lo hiciera llegar a su hija, que se iba a casar en California un par de meses más tarde. Dadas las pésimas relaciones entre el régimen del ayatolá Jomeini y los norteamericanos, humillados y sin relaciones diplomáticas desde el asalto de la embajada en Teherán y la toma de rehenes, ni unos ni otros le dejaban viajar a los

Estados Unidos para asistir a la boda de su hija y tampoco podía hacer el envío por correo desde Teherán.

»Me miraba con ojos muy tristes y suplicantes, pero con una lucecilla de esperanza bajo el temblor mortecino de una vieja lámpara de mesa que apenas alumbraba la escena. Yo dudaba pues temía una trampa, pero cedí cuando su mano huesuda y gastada por los años apretó mi brazo y me suplicó con los ojos húmedos: "Llévaselo, señor, así su madre y yo estaremos de alguna forma con ella en ese día tan importante de su vida. Te lo pido desde el fondo de mi corazón".

»De forma que ni supe, ni pude, ni quise negarme, y le dije que sí, que lo haría con la condición de que hiciera delante de mí el paquete que quería que yo llevara y en el que, junto al collar, introdujo una nota apresuradamente garrapateada en farsí. Luego, en otro papel que yo guardé en mi billetera, escribió con caracteres latinos el nombre de su hija y sus señas en Los Ángeles.

»Me despidió con muchos agradecimientos en la puerta de su tienda. Al llegar a Madrid, envié el paquete por correo certificado a Los Ángeles y algún tiempo más tarde recibí una carta de agradecimiento con una foto de una joven atractiva, morena y menuda, vestida con un traje largo y brillante, de seda, satín o algo parecido, y una bonita sonrisa sobre un cuello adornado por el collar que yo le había hecho llegar. Me emocionó pensar lo que había detrás de esa foto y la felicidad de aquella novia que llevaba sobre su corazón el calor de la madre muerta y el abrazo del padre lejano pero feliz al saber que ella lo era. Y que, de alguna forma, le acompañaba en Los Ángeles el día de su boda.

»Nunca más volví a ver a mi amigo Raphaël. Su tienda de antigüedades había cerrado en un posterior viaje mío a Teherán y solo encontré respuestas vagas en los comerciantes vecinos. Las puertas persas que le había comprado me las trajo a España años más tarde el embajador José

María Sierra y hoy me recuerdan, cada vez que las veo, al anciano anticuario judío de Teherán con su mirada suplicante y esperanzada a la vez, mientras ponía en mis manos aquel collar que había sido de su mujer para que lo luciera su hija el día de su boda en un país lejano».

Hasta aquí lo que escribí en mi libro. Lo demás que yo recordaba de aquella noche es que tan pronto como salí de la tienda me subí al coche que me aguardaba frente a la puerta, teniendo buen cuidado de no meter el pie en las enormes zanjas que bordean las aceras de Teherán como sumideros al descubierto y son al mismo tiempo peligrosas trampas para el extranjero no habituado, pues es fácil andar distraído o pendiente del desordenado tráfico de la ciudad y acabar dentro de la alcantarilla y, lo que es aún peor, con una pierna rota y camino de un hospital de incierta limpieza y pocos medios debido a las sanciones internacionales que pesaban y pesan aún hoy sobre el régimen de los ayatolas. Desde luego, no sería el primero ni con certeza el último en pasar por ese trance en la capital de la República Islámica. De modo que salvé con agilidad la zanja y regresé a mi hotel en el automóvil que amablemente había puesto a mi disposición el embajador.

Lo que entonces ignoraba era que la historia no terminaba ahí y que tampoco lo hacía cuando regresé a la calle Manucheri un año más tarde y me encontré con la tienda de Raphaël cerrada, resultando vanos todos los intentos que hice preguntando por su paradero a los comerciantes vecinos. Nadie le había visto y nadie sabía nada.

Hasta que, a raíz de la publicación de mi libro, recibí la llamada de un viejo amigo del Mossad, conocido en una vida anterior, a quien se lo habían enviado desde Madrid. Mi amigo lo acababa de leer en Jerusalén y, tras las habituales felicitaciones, me dijo tener información sobre lo acontecido a aquella joven de Los Ángeles, no sin advertirme que eran noticias tristes. Confieso que me picó la curiosidad y para verle aproveché una invitación de la Uni-

versidad Hebrea de Jerusalén que recibí unos meses más tarde. Ya en Tel Aviv le llamé y quedamos para cenar en un pintoresco restaurante libanés de Jaffa, frente al mar. Era un día fresco y desapacible de invierno, con olas embravecidas y nubes grises, bajas y deshilachadas, y allí mi amigo Efraim me contó lo que sabía de Myriam, que era como se llamaba la joven, mientras comenzaba una lloviznaba fina y persistente y las luces de Tel Aviv brillaban al fondo de la bahía.

—La que cuentas es una historia melancólica pero bonita. Pero no termina donde tú crees, porque es ahí donde comienza. Te adelanté por teléfono que es una historia triste, ¿estás seguro de que quieres conocerla?

Llegados a ese punto no había vuelta atrás, habían pasado casi treinta años de aquellos hechos y, además, confieso que me moría de curiosidad. Y, naturalmente, le dije que sí, porque, más que querer, necesitaba conocer lo ocurrido.

Lo que a continuación relato procede de lo que entonces me contó Efraim y de lo que posteriormente he podido añadir yo con una investigación propia y hablando con alguno de los participantes en esta historia.